

# “LA VIDA NO TE DA NADA GRATIS. HAY QUE GOLPEAR A LA PUERTA PARA QUE TE ABRAN”

Juan Vigliani

## Los orígenes

**N**ací un 7 de febrero de 1966 en Nogoyá, Provincia de Entre Ríos. Fui el penúltimo de seis hijos de una familia muy humilde.

Mis primeros años transcurrieron en el campo entrerriano, donde mi padre trabajaba como capataz de Vialidad Provincial. Cuando yo tenía siete años, nos mudamos a Nogoyá. Tras terminar la primaria en el colegio San Francisco de Asís, quise estudiar en la escuela industrial.

Como mi familia no podía costear mi educación secundaria, empecé a trabajar durante los veranos para pagar los materiales. Fui pintor, albañil y obrero en una fábrica de tinglados donde aprendí a soldar y mecanizar. Con aquella formación práctica, complementaba mis estudios.

Tras mi graduación en 1983, con el título de mecánico tornero y herrero soldador, trabajé algunos meses en una tornería para luego conseguir un puesto en un taller de mantenimiento de Villa Libertador San Martín. Allí, con uno de los jefes del taller, armamos una línea de montaje para la fábrica de salsa de tomates Granix. Automatizamos todo el proceso, desde el lavado de la materia prima hasta el envasado y etiquetado.



Mi graduación de la secundaria.  
En el medio, el corredor de TC,  
Omar Gurí Martínez, quien fue  
mi compañero de escuela.



Soldando con argón  
en Timar. 1991.

## Nuevos horizontes

Hacia fines de 1985, me mudé a Mar del Plata. Siempre había soñado con conocer el mar. Apenas bajé del ómnibus en la terminal, fui a la playa.

Conseguí un trabajo en la cocina de un restaurante durante el verano. Cuando la temporada turística terminó, quedé en la calle. Si bien yo estaba acostumbrado a la escasez, esa fue la única vez en mi vida en que pasé hambre. Llegué a estar hasta cinco días sin comer. Mi estómago rechinaba.

En los anuncios clasificados, leí que una empresa llamada Timar reclutaba soldadores de argón. Yo ni siquiera sabía lo que era, pero tal era mi desesperación que igualmente me presenté. Me tomaron como tornero. Me ayudó que la empresa se especializaba en líneas de producción para la industria alimenticia, un rubro que yo conocía por mi experiencia en el montaje de la planta de Granix.

A fuerza de trabajo, fui ganándome la confianza del dueño, don José Aragón, quien empezó a asignarme cada vez mayores responsabilidades en la gestión. A los pocos años, ya manejaba la plegadora y soldaba en argón.

Tras 14 años en Timar, quise iniciar un nuevo ciclo en otra empresa del rubro alimenticio. Trabajé en una ampliación muy importante para la planta de papas de McCain. Por entonces, ya me había ganado mi prestigio en la industria alimenticia.

Actual fachada  
de Timar.



## Un proyecto industrial

En 2002, hice una primera experiencia empresarial como proveedor de McCain. Pero al poco tiempo, me contrataron de Herxon, donde trabajé varios años en la fabricación e instalación de máquinas de proceso en industrias y en buques pesqueros. Hacia 2008, ya tenía a mi cargo prácticamente las actividades de todo el taller. Tras años de esfuerzo, parecía que finalmente podría disfrutar de un buen pasar y un sueldo seguro.

Pero no era eso lo que me tenía reservado el destino. Por aquellos días recibí un llamado de Mauricio Luengo y Darío Caravacca, dos ex compañeros de Herxon. Me contaron que habían comprado la empresa Timar, que se encontraba al borde de la quiebra. "Queremos que seas nuestro socio", me propusieron.

Si bien yo no tenía capital para invertir, poseía un fuerte conocimiento industrial y gran prestigio en el rubro alimenticio. Los clientes conocían mi forma de trabajar. Así, en 2012, renuncié a Herxon para emprender este nuevo proyecto. Timar, aquella empresa que alguna vez me había tenido como empleado, ahora me veía como socio y patrón.

## Timar, hoy

El regreso a Timar me produjo sensaciones encontradas. Por un lado, la adrenalina del desafío por delante. Por el otro, la tristeza de ver el estado lamentable en que había caído la empresa.



El plantel de Timar, hoy.

En los últimos dos años, nuestro objetivo ha sido poner de nuevo a la compañía en funcionamiento, consiguiendo clientes, equipando el taller y organizando la producción. Con un equipo de 16 empleados, hacemos trabajos de fabricación, instalación y mantenimiento para la industria alimenticia. Armamos la línea de producción completa y adaptada a las necesidades de cada cliente.

Seguimos en el taller de la calle Solís 4975, donde Timar tuvo su sede durante casi medio siglo. Pero ya planeamos ampliarnos y construir un galpón. De a poco, empezamos a crecer. Todo lo que ganamos lo reinvertimos en la modernización del taller. Hemos incorporado tornos, plegadora y guillotina a control numérico.

Con mis socios, nos complementamos muy bien. Mauricio es el creativo del grupo, y quien trae las nuevas ideas. Sus hijas, Florencia y Eugenia, colaboran en la parte administrativa. Darío pone orden en el trabajo. Entre los tres, a veces, discutimos, pero tomamos las decisiones en conjunto.

Vicky, nuestra secretaria, es otra pata clave del equipo. Ella organiza con total eficiencia los temas burocráticos de la empresa y hasta los trámites personales de los socios.

## El futuro

La nueva historia de Timar recién está comenzando. Después de muchos años en relación de dependencia, con mis socios tenemos la oportunidad de

Con mis hijas en mi cumpleaños 42.



encarar nuestro propio proyecto industrial en la empresa que fue nuestra escuela. De a poco, Timar empieza a levantar cabeza y a recuperar algo del brillo de otros tiempos.

En gran parte, nuestro éxito dependerá de la fortaleza del conjunto de la industria. Por eso, nos sumamos de inmediato al proyecto de ADIMRA en Mar del Plata. Mi padre era una persona de pocas palabras. Pero cada vez que hablaba, decía grandes verdades. En una de las lecciones que más recuerdo, me dijo que una vara de madera se rompe fácil. Pero es difícil quebrar dos o más varas, juntas. Con la unión, se pueden lograr grandes cosas. Este es el papel que debe cumplir ADIMRA.

Esta es la historia de un muchacho que llegó hace casi 30 años desde Entre Ríos con una valija llena de ilusiones, que pasó hambre, y que salió adelante a base de esfuerzo. Hoy tengo cuatro hermosas hijas y un hijo: Nadia, Ayelén, Ivana, Johana y Juan Ignacio.

Agradezco a Dios la oportunidad que me da de trabajar con gente leal y honesta. Y doy las gracias a mis socios, Darío y Mauricio, por creer en mi capacidad profesional y darme la oportunidad de crecer juntos en esta gran escuela que es la industria metalúrgica. Mi padre siempre decía: "La vida no te da nada gratis. Hay que golpear a la puerta para que te abran". Yo he golpeado a innumerables puertas, hasta que se abrió ésta de un proyecto industrial propio y exitoso.